

Los Balcanes y las grandes potencias

Catherine Samary

La crisis yugoslava no es el producto de un "complot" exterior, contrariamente a lo que afirma una tesis extendida en Belgrado. No se debe tampoco a fatales odios interétnicos. Es en primer lugar el resultado de causas socioeconómicas y políticas provenientes del régimen titista, pero los factores internacionales han agravado, incluso catalizado, la crisis. Es esta articulación interna/externa la que hay que discutir incluso en la particular cuestión de Kosovo.

La Federación titista entró en crisis a lo largo del decenio de los 80, en primer lugar porque había sido incapaz de reabsorber las diferencias de desarrollo entre regiones y de asegurar una democracia individual y colectiva que diera a la autogestión su coherencia. Se trata de cuestiones no resueltas que aún se plantean, principalmente para la puesta en marcha de un proyecto socialista europeo: hay que inventar las formas de una planificación autogestionaria que permita la asociación de regiones y países con un nivel de desarrollo diferente, de forma que cada cual tenga el sentimiento de ganar en ello y de poder controlar los proyectos comunes. Y hay también que inventar las formas de una democracia política pluralista en la que se realicen a la vez una ciudadanía universal y derechos colectivos (¿qué formas de representación de las mujeres, los pueblos, los trabajadores?). Las cuestiones nacionales en el espacio yugoslavo, igual que en otras partes, remiten a la vez a las cuestiones socioeconómicas y políticas por resolver: para que pueblos diferentes puedan vivir juntos de forma duradera, hay que acercar el nivel de desarrollo de las regiones, asegurar a cada persona derechos sociales iguales y, en el terreno político en el sentido amplio, es preciso un consenso sobre el estatuto de las lenguas y los mecanismos de decisión para los diferentes pueblos. Tras las páginas negras de la II Guerra Mundial, los decenios de paz del régimen yugoslavo no han sido artificiales. Las ganancias reales de nivel de vida y de derechos (en comparación con el pasado) son la explicación fundamental de esta relativa estabilidad. Pero la represión de las disidencias o de todo movimiento independiente (sindical o político) fragilizó el conjunto. Esta ausencia de democracia pervirtió las conquistas del sistema heredadas de una lucha antifascista que se había combinado con una política de desarrollo (distribución de las tierras, creación de empleo, desarrollo cultural) y de fraternidad entre los pueblos. Tales habían sido los ingredientes de la victoria del titismo en primer lugar contra el fascismo y luego contra los dictados del Kremlin estalinizado.

Los factores internacionales agravaron poderosamente la fragilidad y luego la desintegración de la federación. Los conflictos y la ruptura con el Kremlin en 1948 rompieron los proyectos iniciales de confederación balcánica (el repliegue sobre el proyecto yugoslavo, colocando a los albaneses de Kosovo en una situa-

ción de represión inicial y luego de pueblo de segundo rango). Las tensiones duraderas con la URSS tuvieron consecuencias complejas (que aquí no se pueden tratar). No llegaron hasta una ruptura con el sistema de partido único: la flexibilización del régimen se hizo sentir entonces más bien en el terreno de las reformas económicas. El desarrollo de los derechos autogestionarios en las empresas (muy populares entre los trabajadores hasta finales de los años 70) desgraciadamente se puso en marcha a la vez que la introducción de la competencia entre esas empresas en relaciones de mercado: esos mecanismos y la represión dismantelaron las solidaridades y el potencial progresista del sistema, quitándole toda coherencia de conjunto. La apertura al mercado mundial fue por ello particularmente peligrosa.

El capitalismo desagregador

A lo anterior se añadieron los factores internacionales ligados al capitalismo que rodeaba al país y a sus recientes transformaciones y que remiten, a la vez, a mecanismos socioeconómicos y opciones políticas de las grandes potencias. La deuda interna de 20 millardos de dólares a comienzo del decenio de los 80 incorporaba una doble serie de causas: causas internas de fracaso (despilfarro burocrático, incoherencia de un sistema autogestionario aún más compartimentado en la medida en que la represión de los conflictos había empujado al "cada cual para sí"); pero también factores externos que se encadenaron los unos a los otros. La apertura imprudente del sistema al mercado mundial en los años 60 había conducido a una dependencia estrecha de las importaciones, principalmente de petróleo. El alza de los precios del petróleo en los años 70, después la de las tasas de interés a comienzo del decenio de los 80, aumentaron una "crisis de la deuda" que sometió brutalmente al país a las desastrosas políticas de ajuste estructural del FMI.

La voluntad de adherirse a la Comunidad Europea (donde se acentuaba un curso liberal radical en los años 90) desagregó aún más todas las solidaridades: las regiones ricas se presentaron como los "buenos europeos" dignos de entrar en la UE contra los pueblos balcánicos, "perezosos e incapaces". Eslovenia no quería seguir pagando por el pobre Kosovo, igual que Flandes no quiere seguir pagando por Valonia. A finales del decenio de los 80, la diferencia de renta por habitante entre regiones iba de 1 a 7. El paro era inferior al 2% en Eslovenia, superior al 20% en Kosovo donde más de la mitad de la población tenía menos de 20 años (hoy, el 70% de la población kosovar tiene menos de 30 años). Finalmente, el ascenso de las políticas liberales de privatización en el contexto de la crisis del conjunto de los llamados países socialistas acabaron la desagregación del conjunto del sistema tras un decenio en el que miles de huelgas permanecieron atomizadas y desarmadas frente a una hiperinflación de tres dígitos y una ausencia de alternativa de conjunto creíble. Las regiones menos desarrolladas (Bosnia, Macedonia) empujaban hacia una redefinición de la federación

que redistribuyera más las riquezas, pero las regiones más ricas, Eslovenia y Croacia tendían al contrario hacia más independencia. En medio, Serbia quería redefinir Yugoslavia en beneficio de la mayoría relativa serbia, comenzando en 1989 por una recuperación del control de las provincias autónomas de Vojvodina y de Kosovo. Era el comienzo de una puesta en cuestión de los equilibrios de conjunto de la Constitución yugoslava, cuyo cemento socioeconómico quedaba a partir de aquel momento roído por la pérdida de sustancia de toda autogestión y por los conflictos crecientes entre los poderes republicanos y "el centro".

Se dice a veces que si las grandes potencias, y principalmente los gobiernos de la UE, hubieran tenido una política de ayuda a Yugoslavia, a fin de que ésta se integrara lo más rápidamente posible en la Unión, la crisis y el estallido habrían sido evitados. Pero con la llegada de Gorbachov al poder en 1985, y, posteriormente, la caída del muro de Berlín en 1989, Yugoslavia no jugaba ya un papel de "disidencia" en el "mundo comunista". La crisis de lo que había podido encarnar elementos de un socialismo autogestionario (tanto más atractivo en los años 60 porque había conocido una de las más fuertes tasas de crecimiento del mundo en aquella época) acababa por el contrario una ofensiva liberal antiobrerista: los mecanismos mercantiles preconizados en Yugoslavia debían dismantelar la autogestión. Debían también aumentar las distancias entre regiones ricas y pobres como en todas las demás partes del mundo. Pero, exceptuando Alemania, los gobiernos occidentales no deseaban el estallido de Yugoslavia.

Tras la realpolitik

De hecho, las grandes potencias se vieron confrontadas en la crisis yugoslava y en su reciente episodio de Kosovo a una contradicción importante entre un objetivo de estabilización de este espacio y el carácter profundamente desagregador de las políticas liberales de privatización que propagaban en él.

De un lado, en el plano político, su objetivo principal fue contener la explosión de las fronteras y de los conflictos territoriales, incluso si los grupos de presión militares podían ver en las guerras locales una fuente de beneficios. Por ello, con la excepción de Alemania, los gobiernos occidentales y el FMI priorizaban, hasta las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia en 1991, una transformación liberal de Yugoslavia (en marcha a fines de los años 80) al estallido de ésta.

La restauración capitalista tiene necesidad de un Estado estable. ¿A qué nivel obtener tal estabilidad? No había respuesta "de principios" a esta pregunta, sino un planteamiento pragmático. Antes de las declaraciones de independencia de Eslovenia y de Croacia de 1991, dos conjuntos de factores empujaban a los gobiernos occidentales a preferir el mantenimiento del Estado yugoslavo: por un lado los acreedores, principalmente el FMI, preferían tener que tratar los temas con el poder central para gestionar y obtener el reembolso de la deuda externa

de 20 millardos de dólares; por otro, los gobiernos occidentales preferían políticamente un Estado federal que contuviera a los nacionalismos.

Pero el "principio" de preservación de las fronteras yugoslavas se enfrentó al derecho de autodeterminación. Éste estaba reconocido en la Constitución yugoslava para los "pueblos" eslavos constituyentes de Yugoslavia, pero no para las comunidades dotadas de un Estado en el exterior, como los húngaros o los albaneses. ¿Qué es un pueblo o nación dotado del derecho de autodeterminación? Esta noción tenía un sentido étnico-cultural que se distinguía en la Constitución yugoslava de la de ciudadanía: se era ciudadano yugoslavo, y al mismo tiempo se pertenecía a un "pueblo" o "nación" serbia, croata, eslovena, montenegrina, macedonia y, desde los años 60, "musulmán" en el sentido étnico-nacional, en Bosnia. Pero los "pueblos" no se superponían a las repúblicas.

En los años 90 de crisis abierta y de estallido de la federación, los referendos de independencia de las repúblicas étnicamente no homogéneas (todas salvo Eslovenia) se han enfrentado en todas partes a los miedos (heredados de traumas pasados) y al rechazo masivo de las comunidades minoritarias de tener un estatuto de "minoría" sometido a la nación localmente dominante: lo que era ya cierto para los albaneses de Kosovo, se expresó también para los albaneses en Macedonia, así como para los serbios en Croacia o también los bosnio-serbios y bosnio-croatas. Pero si los serbios de Croacia eran considerados como uno de los dos "pueblos" de esta república, tal no era el caso de los albaneses de Kosovo. Sin embargo en 1990, Tudjman modificó el estatuto de los serbios de Croacia, en adelante minoría como los albaneses. Pero éstos tomaron las armas y expulsaron a sus vecinos croatas autoproclamando la "república de Krajina" mientras que los albaneses de Kosovo, ampliamente mayoritarios en esta provincia, resistieron pacíficamente en ella durante 10 años proclamándola, también, "república".

La política de las grandes potencias consistió entonces en apoyar la independencia de los "Estados" (repúblicas de la ex Yugoslavia) poniendo en cuestión la frontera yugoslava, pero intentando mantener las fronteras republicanas. Se opusieron pues a las lógicas secesionistas internas en esas repúblicas, las de los bosnio-serbios, y de los bosnio-croatas principalmente; pero también las de los serbios de Croacia. Debido al temor a una fragilización de Bosnia y de Macedonia (donde los albaneses reivindican un estatuto de pueblo) enterraron la cuestión de Kosovo en los acuerdos de Dayton. En este plano se apoyaron en el régimen serbio de Milosevic contra las aspiraciones de los albanokosovares: no dudaron en apoyar la represión del Estado serbio contra la UCK designada como "terrorista" menos de un año antes de Rambouillet (igual que apoyan la represión de los chechenos por el poder ruso). La estrategia privilegiada hasta Rambouillet fue más bien la búsqueda de compromisos entre el jefe elegido por los albanokosovares, Ibrahim Rugova, Slobodan Milosevic y el gobierno albanés, aunque la diplomacia americana proclamara desde hacía tiempo que no toleraría una represión "excesiva" hacia el pueblo albanés. "Toda la solución (de la crisis yugoslava) desde 1991 está

fundada en la inviolabilidad de las fronteras” reafirmaba durante al conferencia de Rambouillet Jiri Dienstbier, informador especial de la ONU para la ex-Yugoslavia. “Si este principio no es mantenido en Kosovo, se cuestionará toda la solución”, proseguía el antiguo ministro checo de Asuntos Exteriores, concluyendo: “si Kosovo obtiene la independencia, sería en mi opinión la vía abierta a la partición de Bosnia pues nadie podrá ya impedirlo”. El temor a que la independencia de Kosovo desestabilizara Albania, Macedonia y Bosnia-Herzegovina estaba en el trasfondo de esa política. Pero ningún procedimiento de conjunto de gestión de este conflicto explosivo a la escala en que se expresaba, balcánica, fue puesto en pie. La cuestión albanesa fue enterrada en Dayton y con ella, la cuestión de los serbios de la Krajina croata: el silencio sobre Kosovo donde desde hace diez años la comunidad albanesa resistía pacíficamente al yugo de Belgrado acompañaba una *realpolitik* que hizo también silencio sobre la limpieza étnica de 200.000 serbios en la Krajina croata durante el verano de 1995.

Factores de desagregación

Pero esta primera lógica con el objetivo de contener la explosión de los Balcanes ha sido poderosamente desmentida por factores socioeconómicos y políticos que iban en sentido contrario. La carrera de las privatizaciones y por la inserción en la UE ha sido y continúa siendo un factor de desagregación de la federación: el control de los territorios por Estados definidos sobre bases étnicas apunta al control de las riquezas y de las divisas. La confederalización de la Yugoslavia titista desde mediados de los años 60 había favorecido el desarrollo de las burocracias nacionales y la asociación de sus privilegios a la acentuación de sus poderes sobre los territorios de las repúblicas y de las provincias. La burocracia serbia había perdido así su posición dominante en Kosovo con la autonomía de cuasi república que ésta había obtenido en la Constitución de 1974. El control de las minas y del aparato institucional de Kosovo (masivamente albanizado desde mediados de los años 60 hasta el giro de 1989), igual que el control del acceso al mar en Montenegro o de las tierras fértiles de la Vojvodina son asuntos estratégicos en el trasfondo de los conflictos constitucionales y nacionales que desgarran aún hoy a la República yugoslava. El estallido de la propia Yugoslavia titista (y la puesta en cuestión de sus equilibrios institucionales frágiles) fue agravado por la política de opresión y de represión llevada a cabo por el régimen serbio en Kosovo. Éstas, por su parte, radicalizaron las aspiraciones independentistas de los albanokosovares que, bajo formas pacíficas luego de lucha armada, apostaron por una internacionalización del conflicto, animados de hecho por las declaraciones americanas. El estancamiento de la situación tras diez años de resistencia pacífica, condujo tras Dayton a la emergencia de la UCK (Ejército de Liberación de Kosovo) cuya estrategia de confrontación armada con el poder serbio escapó al control de las grandes potencias: esto es lo que Rambouillet hubiera querido contener.

Los gobiernos de la UE tomaron la iniciativa de la conferencia de Rambouillet esperando obtener un éxito diplomático equivalente al de Dayton para Estados Unidos: lo que era primordial desde el punto de vista geoestratégico para ellos era la construcción de la Unión Europea en el terreno político.

Lo que estaba en juego en Rambouillet

Pero las relaciones de fuerza político-militares en el terreno tras tres años de guerra que enfrentaba a varios ejércitos en Bosnia no tenían nada que ver con la situación de Kosovo. El plan de Rambouillet quería imponer un compromiso: vuelta a una autonomía sustancial de Kosovo, pero rechazo de la independencia. Una fuerza de interposición internacional debía obtener la retirada de las fuerzas serbias y el desarme de la UCK. El régimen serbio aceptó incondicionalmente en la apertura de Rambouillet los principios del aspecto político, porque excluía la independencia, pero rechazaba a la OTAN. La delegación albanokosovar rechazaba al contrario la autonomía (y el desarme), pero era favorable a la intervención de la OTAN.

El proyecto de Rambouillet era tomar o dejar sobre una cuestión eminentemente conflictiva y en la que todos los demás conflictos de la misma naturaleza (de Chipre a la cuestión kurda pasando por el conflicto israelo-palestino) han invertido años para no resolver.

Rambouillet remitía pues a una diplomacia *con forceps*, con el objetivo de obtener un éxito diplomático haciendo firmar, como en Dayton, un texto contradictorio en el que cada cual espera que el tiempo jugará en el sentido de "su" interpretación del acuerdo: a éste se le suponía aportar una mejora para los kosovares al volver hacia una autonomía suprimida en 1989 por el poder serbio; y se le suponía aceptable por Belgrado porque excluía la independencia.

Pero el plan preveía que el "compromiso" se acompañaría de una doble desmilitarización (retirada de las fuerzas serbias y desarme de la UCK) con una fuerza de interposición internacional para verificar su aplicación (Estados Unidos quería que fuera la OTAN, pero el proyecto inicial no lo especificaba como "obligatorio"). Claire Trean evoca esta diplomacia con forceps (sin ofuscarse por ello) en *Le Monde* del 6 de febrero: "Quince días para lograr la paz". "La idea (*sic*) es fijar un marco rígido a las negociaciones, las partes en conflicto no debiendo entenderse más que sobre los detalles de esta plan (*re-sic*), que debe dibujar para tres años un estatuto "de autonomía sustancial" de Kosovo. El 85% del proyecto que se pondrá sobre la mesa "no es negociable" declaró un responsable americano, añadiendo que no se dejaría a los interesados "ningún margen de maniobra para decidir aspectos fundamentales de ese plan (*sic*)". La periodista concluía, sin que eso le planteara demasiados problemas: "En cuanto a los propios interesados, parten de posiciones diametralmente opuestas sobre todos los puntos (...). Lo más difícil estará por llegar: obtener un acuerdo en menos de 15 días". Alucinante. Pero cierto.

El mismo día, *Le Monde* indicaba cuál era el objetivo, según Bill Clinton: “es hoy cuando hay que parar el conflicto” (6 de febrero, Patrice de Beer). “Parar el conflicto” y no (como se dirá más tarde), “impedir la aplicación de un plan de limpieza étnica”.

Algunos meses antes, “parar el conflicto” pasaba a los ojos de los occidentales por una negociación entre Milosevic y Rugova y por una represión por el Poder Serbio de la UCK denunciada como “terrorista”. Eran los “excesos” de la represión serbia lo que se condenaba regularmente con “amenazas de ataques aéreos”. El efecto de esta diplomacia “preventiva” de un tipo particular, fue incitar a la UCK a tomar la ofensiva (principalmente para que se rompiera la tregua de invierno de 1998, en el curso de la cual se habían desplegado los observadores de la OSCE y en la que decenas de miles de habitantes de las ciudades habían vuelto a ellas). Los albaneses independentistas no son sólo víctimas; son actores de un proyecto político: la independencia. Se puede hacer un juicio político sobre la forma en que han llevado ese proyecto a su realización, pero no ignorarlo cuando era evidentemente a la vez efecto y causa de la represión serbia que Rambouillet intentaba “encuadrar”.

Bill Clinton explicaba en el artículo citado (6 febrero) que se trataba de frenar los engranajes de la violencia, obteniendo un acuerdo (es decir, un compromiso). El artículo concluía presentando cuáles eran entonces, según Madeleine Albright, los puntos más importantes de Rambouillet. “Si el presidente Milosevic rechaza las propuestas del Grupo de Contacto (...) pueden esperarse ataques aéreos. Si los albaneses de Kosovo se oponen al progreso de Rambouillet (...) no podrán contar con la OTAN y la comunidad internacional para que les ayuden. Si las dos partes llegan a un acuerdo, tendremos que concentrar nuestros esfuerzos para asegurar su éxito”. Ni una palabra sobre la fatalidad de un plan de limpieza étnica en todo esto. Y una única disimetría de trato: no se puede amenazar con bombardear a la UCK. Frente al rechazo del plan por las dos partes, la diplomacia americana con el acuerdo de los gobiernos europeos se hizo cargo del asunto (y de la UCK cuyos jóvenes cuadros fueron repentinamente valorados). El objetivo político fue obtener la firma de los albanokosovares y la ruptura con Belgrado, cuyas responsabilidades en una puesta en cuestión de la autonomía de Kosovo eran manifiestas (era necesaria una “legitimación moral” de la guerra). De ahí las promesas orales de voto de autodeterminación a los tres años y la intransigencia sobre la OTAN (anexo B del plan).

El bombardeo de Belgrado fue inicialmente motivado por la negativa a firmar el acuerdo. Fue juzgado políticamente menos grave que el fracaso diplomático para los gobiernos europeos y americano; y a los ojos de Estados Unidos implicaba ventajas geoestratégicas importantes. Pero unos y otros no emprendieron esa aventura más que porque estaba previsto que no duraría: lejos de identificar entonces a Milosevic con Hitler, se insistía al contrario en las diplomacias sobre el hecho de que el dirigente yugoslavo había renunciado a los proyectos de la Gran Serbia en Croacia y en Bosnia

y que estaría consiguientemente dispuesto a renunciar a Kosovo, presentándose como el salvador de su pueblo contra una guerra de la OTAN.

Es difícil conocer la parte de cinismo o de engranajes no controlados (incluso de un proyecto último e inconfesable de división étnica de Kosovo) en esta guerra y sus "efectos no deseados". En todo caso el miedo a una desestabilización de los Balcanes (bien por la independencia de Kosovo, bien por una represión serbia "excesiva") es lo que constituye la cuestión política inicial sobre la que se añadieron los asuntos geoestratégicos.

Estados Unidos explotó el callejón sin salida de Rambouillet para proseguir objetivos mayores: legitimar una guerra de la OTAN sin pasar por la ONU —es decir, acentuar en la práctica los plenos poderes de decisión de Estados Unidos: consolidar las bases de la OTAN en Albania y en los Balcanes en general; acentuar la definición de la política llamada de seguridad europea en el marco de la Alianza atlántica— en detrimento de la OSCE. Para los gobiernos de la UE, se trataba de "construir" la Europa política, y consiguientemente de evitar un fracaso absoluto de su política exterior "común".

Por su parte, el poder serbio intentó explotar los bombardeos de la OTAN en varios planos: aprovechar el estado de guerra y de agresión para aplastar a su oposición, y eventualmente lanzar una ofensiva militar para el control de Montenegro, el riesgo de un golpe de estado sigue presente; lanzar a Kosovo el Ejército y las fuerzas paramilitares de su partido y de sus aliados de extrema derecha en una operación de limpieza étnica masiva apuntando sin duda varios objetivos más o menos combinados, ofreciendo "salidas" alternativas al conflicto: bien un reparto étnico de Kosovo (esforzándose por asociar a los monasterios las ricas minas del norte en la parte afectada a Serbia); bien una autonomía basada en una modificación de la composición étnica de la provincia (recolonizada por los refugiados serbios de Croacia y de Bosnia) y un reparto étnico de las instituciones (y de la fiscalidad) asociada a una derrota político militar de la UCK o bien una desestabilización de los países vecinos, bases de intervención de las tropas de la OTAN.

¿Qué balances?

La guerra de la OTAN no ha impedido el paso a los actos del proyecto nacionalista serbio de limpieza étnica de Kosovo; lo ha catalizado y dramáticamente facilitado dándole una cobertura. Los bombardeos han provocado un reflejo patriótico en Serbia, consolidando, y no debilitando, a Slobodan Milosevic. Pero a pesar de la percepción de Kosovo como una provincia serbia y del rechazo radical de la UCK como "organización terrorista" que legitima la represión serbia, no es cierto que la población serbia y montenegrina estuviera movilizada para apoyar un "genocidio" (la televisión de Belgrado mostraba el encuentro Milosevic/Rugova y pretendía que los albaneses huían de la OTAN y no de los

actos de violencia serbios). Los jóvenes no estaban tampoco dispuestos a morir para limpiar étnicamente Kosovo de su población albanófona. La violencia fue producto de grupos paramilitares que enrolaban a un cierto número de serbios de Kosovo, muchos de los cuales optaron por el odio y la violencia después del comienzo de los bombardeos. Las primeras deserciones en el Ejército, antes incluso de la conclusión de los acuerdos, y las protestas que se dan entre los jóvenes reclutas indican una distancia entre lo que oficialmente era el motivo de su llamamiento a filas (contra la OTAN) y las escenas de atrocidades a las que estuvieron más o menos asociados. El balance deberá ser minucioso. Hoy existen todos los medios necesarios para que se lleven a cabo investigaciones en Kosovo sobre los crímenes cometidos (principalmente las torturas infligidas antes de la guerra de la OTAN en la represión contra los kosovares). Pero haciendo esto, se tendrán que discutir tanto la propaganda de Belgrado como la de la OTAN.

Lejos de facilitar el derrocamiento de Slobodan Milosevic sobre la base de una clarificación política y de una crítica progresista de su política, la OTAN sembró la confusión más que nunca e hizo aún más problemática la emergencia de una oposición coherente y progresista. Corresponde a la población yugoslava, principalmente serbia, y no a la OTAN, hacer el balance final de los dramas a los que le ha conducido la política de Milosevic. La inculpación de Milosevic, y el condicionamiento de la ayuda económica, empujan a buen número de antiguos partidarios de la "Gran Serbia" a *blanquearse* en campañas "radicales" por la dimisión de Milosevic. Pueden apoyarse en la aspiración a la paz y a recibir créditos occidentales para reconstruir un país destruido, así como en las desilusiones acumuladas hacia el régimen de Milosevic. Pero la amargura hacia la política de la OTAN es también muy profunda, haciendo incierto el resultado de las elecciones. La gran masa de los refugiados serbios de Kosovo, de Croacia y de Bosnia corre el riesgo de proporcionar la base electoral del Partido Radical de extrema derecha.

El protectorado puesto en pie reafirma la soberanía serbia de Kosovo y prevé la vuelta del ejército serbio a las fronteras, a la vez que hace del marco la moneda oficial. Está en las antípodas del "Kosovo multiétnico y tolerante" que pretende imponer; e impone una forma de neocolonialismo y de presencia extranjera masiva y corruptora contradictoria con las aspiraciones de los kosovares a gestionar por sí mismos Kosovo. Se puede comprender que las tropas de la OTAN hayan sido percibidas como liberadoras frente al yugo de Belgrado, pero no han puesto fin, al contrario, las han agravado, a las tensiones entre las comunidades; y no han reconocido, sino intentan contener el derecho de los pueblos a tomar su destino en sus propias manos.

La conciencia creciente de los desastres no confesados de la guerra y de la imbricación de las cuestiones nacionales en el conjunto de la Europa balcánica está en el origen de la propuesta del "Pacto de Estabilidad" firmado en Sarajevo

el 31 de julio de 1999 con los gobiernos de la región, salvo el de Serbia. Es por el momento una cáscara vacía. Las ayudas a la reconstrucción de los países devastados por esta guerra son la menor de las reparaciones exigibles. Pero no deben ser condicionadas a políticas "de ajuste estructural" y deben ser sometidas a un control público pluralista: los gobiernos de la OTAN van a ofrecer a sus multinacionales los medios de reconstruir las infraestructuras que han sido destruidas por su guerra. Como en Bosnia y otras partes, en el universo liberal, las corruptelas para conseguir los contratos de privatización van a acompañar a este "Pacto" con objetivos de "estabilización" que serán desmentidos por la lógica socialmente desagregadora y la política de austeridad social de la construcción europea liberal. Es a esa lógica a la que hay que oponerse a escala de todo el continente, desarrollando por abajo lazos de solidaridad.

*Traducción: Alberto Nadal
Octubre 1999*